



MUJERES EN LA BRUMA

Jesús Almenar Carcavilla

MUJERES EN LA BRUMA



Primera edición: julio 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús Almenar Carcavilla

ISBN: 978-84-10400-22-1

ISBN digital: 978-84-10400-23-8

Depósito legal: M-17627-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Carmen

NOTA DEL AUTOR

Esta obra es de ficción, y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

No es conveniente perderse en las noches de bruma...

PRÓLOGO

La mente humana es la gran desconocida, y en la actualidad sigue siendo difícil descifrar el porqué de ciertos comportamientos.

Es verdad que la neurociencia, desde sus orígenes en el siglo v, a. de C., con Alcmeón de Crotona, ha avanzado notablemente. Sobre todo, desde el nacimiento en 1969, en Washington, de la Sociedad de Neurociencia. Pero el cerebro, en el fondo, no deja de ser el gran enigma.

Cada ser humano es, a la vez que actor, guionista de su propia obra. Pero también espectador de desenlaces inesperados. Porque el mundo en su evolución caótica influye en las trayectorias del «billar» de la vida. Mujeres que, acompañando a hombres, se encuentran de algún modo en la bruma de sus vidas. Personas al fin, con sus aciertos y fracasos, con penalidades subterráneas..., con la vida que a cada una de ellas le toca vivir. Obligadas a transportar en el alma una entropía en permanente intento de desbaratar sus sistemas.

Es lo que puede llegar a ocurrir en las escenas que vamos a observar desde la butaca del lector.

Pero ¡cuidado! También formamos parte del caos y es indudable que su lectura nos va a afectar...

¡¡Arriba el telón...!!

I

En los ambientes literarios, siempre se ha dicho que, para un escritor, la línea más difícil de escribir es la que da comienzo al primer capítulo del libro. No entraré en discusión tratando de rebatir tal argumento, porque sería estéril, pero es verdad que si no la línea, la primera página está muy pensada.

Mi nombre es Leo, pero no es importante. Estoy jubilado del mundo del trabajo hace unos cuantos años. Lo mío no es escribir, pero en la vida que a todos nos toca vivir aparecen situaciones que se asemejan más a una novela que a la vida misma. Y esto me ocurrió a mí. Y quedando claro que lo mío no son los libros, me pareció interesante pensar en ir recopilando diferentes avatares y escenas que han ido haciéndome actor, a veces sin saberlo, en la obra de otros.

Si pensamos que está dicho todo, que las personas no tienen en su ADN impresa la maldad, estamos completamente equivocados. La maldad *per se* existe y se ejerce gratuitamente por individuos sociópatas; por cierto, muy abundantes.

La vida es una sucesión de eventos infinitos y continúa, es evidente, con sus ortos y sus ocasos, y aunque cada momento sea para el siguiente ya pasado, no es menos cierto que, para descifrar o simplemente conocer mejor dónde nos encontramos, es necesario situarnos en el punto origen, y es precisamente esta historia la que nos pondrá en un mundo en el que todo es posible.

Es mi deber, moral si ustedes quieren, dar a conocer sus entresijos y después cada cual opine lo que tenga por conveniente. Por

todo eso lo mejor es que me sigan en los diferentes momentos y situaciones.

Y es evidente que en esta vida todo acaba teniendo un principio y un final... O tal vez no.

Soria, unos años antes

La bruma ocupaba, como tantas otras veces, la arboleda. La humedad del Duero hacía que gran parte de las noches resultara arriesgado transitar por la zona con tan escasa visibilidad, y las pocas farolas de gas de yodo, tan mortecinas, aumentaban el fantasmagórico aspecto del lugar. No apetecía caminar ni aun por obligación.

Paco, el jefe de la brigada Operativa, había dado orden de hacer cada noche un recorrido por la alameda, sobre todo desde que apareció tiempo atrás el cadáver de un hombre asesinado.

En una ciudad pequeña como Soria, la psicosis de un destripador corrió como la pólvora y el gobernador civil no quiso que los comentarios llegaran a Madrid y pudieran ponerlo en la puerta de salida, agradeciéndole los servicios prestados. Aunque totalmente innecesario, se estableció de manera fija, por lo menos hasta la resolución del caso, una ronda por el interior de la alameda para ir apaciguando los miedos y disuadir algún posible *efecto vicario* que hiciera aparecer otro cadáver.

—¡Vaya nohecita!

—¡Y que lo digas! Haremos el recorrido rápido y regresaremos a la comisaría. Esta niebla se mete en los huesos.

Mientras hacían la ronda, dirigían el haz de luz hacia los pequeños rincones que se apartaban del camino. No iluminaba mucho, pero las siluetas se delineaban suficientemente. Y como cada noche, los policías de servicio procuraban acercarse al banco del muerto; así es como había sido bautizado desde que apareciera en ese lugar un francés con su interior reventado.

—¡Espera...! ¡Joder..., no puede ser posible...! Enfoca...

—¡Nos tenía que tocar a nosotros...! ¡Otro fiambre, y en el mismo banco! Vamos a comprobar. Igual está vivo todavía.

Los agentes se acercaron rápido con intención de auxiliar a la víctima, pero fue inútil.

—Avisa por el transmisor a la Inspección de Guardia y que den cuenta inmediata al comisario.

Tras dar la novedad, permanecieron custodiando el lugar hasta la llegada de los especialistas, así como del jefe. Esos días el responsable de la brigada era también el jefe accidental de la comisaría.

Paco se sobresaltó al sonar el teléfono y, como un resorte, se incorporó en la cama.

—¿Diga?

—Siento molestarle... ¡Esto es increíble!

—De momento, lo que resulta increíble es esta llamada tan inoportuna. Pero dime..., ¿qué ocurre?

—Otro muerto en el famoso banco del parque.

—¿Estáis seguros? —le contestó, mientras de un brinco se incorporaba y quedaba de pie en la alfombra.

—Del todo. Se ha dado cuenta al Juzgado de Guardia, para el levantamiento del cadáver. E igualmente se ha comisionado a los funcionarios del Grupo de Homicidios, así como al Gabinete para que lleve a cabo la inspección ocular: fotografías, posición del cuerpo, descripción pormenorizada y recogida de todo lo que se encuentre en la escena como posible elemento de prueba... En fin, todo lo que en estos casos marca el protocolo. Únicamente, faltas tú.

—Me preparo y salgo para allá.

En pocos minutos se encontró con el resto de funcionarios en el fatídico lugar.

La noche estaba siendo desapacible. En honor a la verdad, tampoco más que otras, pero siempre ocurre que, si a determinadas horas debes ir por obligación y no por placer, el viento, el frío o en este caso la bruma se nos antojan insoportables. Y eso sucedía con los agentes que, llamados en horas tan intempestivas, se encontraban desempeñando su oficio con humedad heladora.

El funcionario responsable del dispositivo se presentó al jefe. Paco saludó amablemente a su interlocutor y escuchó la actividad llevada a cabo hasta el momento.

—Como ves, acabamos de llegar hace unos minutos y se están montando unos puntos de luz para trabajar con la máxima efectividad. Se ha acordonado la zona en un perímetro amplio. Peinaremos inicialmente todo con cuidado.

Sin perjuicio de seguir después con una inspección más minuciosa, estaban pendientes de la llegada de la autoridad judicial para los trámites del levantamiento del cadáver. Y de momento, en un primer rastreo, fueron recogidos los efectos personales que llevaba en el pantalón y en el interior de su americana, encontrando una grabadora muy sofisticada.

—Si te parece —dijo el comisario—, vamos hasta el banco y echo un vistazo al muerto. Por cierto, el hallazgo de la grabadora me llama la atención.

Ambos se acercaron al lugar y, al aproximarse al cadáver, sintió un escalofrío que, por unos momentos, lo dejó paralizado.

«¡No puede ser, pobre Marcos! —pensó—. ¡Cómo ha podido suceder esto!».

—¿Estás bien? —le preguntó Teodoro, su segundo, al verlo con el semblante desencajado

—No, Teo, no estoy bien. La víctima es Marcos, el empleado de la imprenta, con quien tenía una buena amistad. Muchas veces conversábamos sobre viajes y los grupos humanos tan variopintos que se suelen encontrar en los lugares más remotos. Era una afición en la que coincidíamos los dos y por eso, tratándose de una ciudad pequeña como esta, hicimos mucha relación.

»Habrà que estudiar con precisión todos los detalles, y quizá la grabadora nos revele cosas —continuó diciendo a su subordinado—. En cualquier otro asunto ya me conoces y sabes que te diría lo mismo: pon todo tu saber y experiencia en la resolución del caso. Y quiero añadir algo más, Teo: que no desfallezcas. No abandones la investigación. Cueste lo que cueste. Solicitaré a la

Dirección General que comisionen algún funcionario para que os ayude en el Grupo de Homicidios. Pero esto, Teo, tenemos que resolverlo y atrapar al asesino.

—Así se hará.

Unos minutos más tarde, llegó al lugar el juez de instrucción acompañado del secretario y un oficial del juzgado, y Paco le presentó sus respetos, informándolo seguidamente de la actividad llevada a cabo por los funcionarios, como Policía judicial.

—Entonces, ¿a qué hora me ha dicho que se produjo el óbito? —le preguntó la autoridad judicial, mientras fijaba la mirada en un punto inexistente.

—Precisamente ese detalle aún no se lo he dicho. Será necesaria la autopsia para confirmar el momento exacto. En una primera impresión, puede datarse en torno a la una de la madrugada.

—No sé por qué suceden estas cosas. Muertes... y más muertes. ¡Qué frío hace, Paco! ¿No le parece? —siguió diciendo, tratando de rebajar la helada sensación de la madrugada empatizando con el investigador.

—Ya lo creo. Esta ciudad acompañada por el Duero tiene ese pequeño inconveniente. Y en cuanto a lo de «...más muertes», tenemos que asumir que la vida profesional de ustedes y nosotros se mueve a veces en estos parámetros.

—Ya. Por cierto..., ¿qué hay del anterior asesinato? Ese que ocurrió hace un tiempo. ¡Muertes... y más muertes! ¡Es que no paramos, oiga..., no paramos!

—Sí. Sé de qué me habla. Afortunadamente, Soria es una ciudad tranquila y no deja de ser una anécdota, trágica eso sí, pero a la postre, una anécdota. No creo que haya muchos más.

—Ya —se limitó a contestar lacónicamente, para continuar—: ¿Sabe que, desde Madrid, me siguen apretando con el asesinato del francés? A pesar de haber pasado ya tiempo..., siguen insistiendo. No quieren —continuó— que, en estos momentos de negociaciones con los países europeos, puedan verse en los «papeles» por la posible falta de seguridad pública en España.

—Señor juez, es de sobra conocido que aquella muerte fue, como le he indicado, una anécdota. En todo caso, esta ciudad es poco importante en el conjunto del país. Y, desde luego, España es un país seguro.

—Sí, Paco. Pero eso lo sabemos usted y yo. Madrid, no. Por otro lado —siguió con su discurso—, estoy esperando la llamada del Ministerio. En fin... No me vendría mal un ascenso. El Tribunal Supremo, Paco. Ya imagino el nombramiento en el Boletín Oficial del Estado. Mi despacho... Ese nombramiento vendrá seguro inmediatamente después de la resolución del caso. Y más siendo ciudadano francés... Paco, no puede fallarme, es mando de la Policía judicial...

—Eso estaría bien. Pero, señoría, usted conoce sobradamente que, por mucha dedicación que tengamos, la ausencia de todo tipo de pistas y los pocos medios hacen la solución de ese asesinato más difícil que el nacimiento de un perro verde.

—Paco, discúlpeme, pero siempre acabo alterado con usted cuando hablamos de temas relacionados con mi juzgado. No sé muy bien por qué...

—Puede obedecer a una mera casualidad, posiblemente a una coincidencia puntual, una anécdota, como los desgraciados asuntos que nos vinculan. Señoría —siguió diciendo—, no es mi intención alterar su estado de ánimo, pero la solución de los casos no son el resultado de una especie de ruleta que nos marca sin más un premio o un fracaso. Es todo lo contrario, supone gran esfuerzo de investigación, para ir sacando aquellos puntos de unión. Esto, señor juez, va tejiendo una tela de araña que acabará por atrapar la presa. Y lo que digo no es posible, por el momento, en el asunto del francés, y por tanto no hay ni tela ni presa atrapada.

El juez de instrucción, algo contrariado tras oír del policía sus argumentos, se despidió con la mirada fija en ese mismo punto, que a lo largo de toda la conversación seguía inexistente, y encaminó sus pasos hacia el resto de la comitiva judicial para dar por finalizada su presencia.

Los investigadores del Grupo de Homicidios continuaron *peinando* el perímetro, sin observar signos de actividad que evidenciara lucha u otras circunstancias anejas. Una linterna entre los matorrales próximos y un punzón de picar hielo fue todo lo hallado tras el minucioso examen.

—Me retiro, creo que aquí hay ya poco que hacer y necesito irme a casa. Estoy afectado, Teo. Mañana, mejor dicho..., dentro de unas horas me participas las novedades.

—Lo comprendo, no es plato de buen gusto este tipo de casos y sobre todo cuando se conocía a la víctima. Descuida, que te pondré al corriente.

Paco abandonó la escena del crimen muy abatido.

Ya no pudo dormir el resto de la noche. Las imágenes de sus conversaciones con Marcos le venían sin parar y giraban como una noria en su pensamiento. No dejaba de dar vueltas y optó por levantarse. En la cocina se sirvió un coñac.

«No es un momento como para andar de bebidas espirituosas —pensó—, pero siquiera lo haré, entre otras razones, como homenaje a una buena persona».

Sentado, con los brazos apoyados en la mesa y mientras degustaba despacio la bebida, fue pasando mentalmente la película de lo vivido horas antes.

«Es posible que la grabadora guarde la clave e incluso directamente la solución», acabó diciéndose.

Tras apurar la copa, volvió a la cama, se tumbó e, intentando relajarse, cerró los ojos.

*

La brigada echaba chispas y el Grupo de Homicidios al completo se afanaba por estructurar a la perfección el atestado. Teodoro

asumió directamente el análisis del contenido del pequeño magnetófono y, en el Gabinete, con una delicada brocha, cubrían de carbonato de plomo la linterna por sus zonas metálicas lisas para obtener el revelado de huellas latentes.

Avanzada la mañana, Paco apareció por comisaría. Sin entretenerse, se dirigió a su oficina. La secretaria, oyéndolo próximo, guardó su artillería de belleza en el cajón habitual y recompuso su figura, de descanso dominical, con otra de una aparente gran actividad más acorde a la función de su puesto; esto es, mover de sitio los escritos pendientes de acabar y apoyar los dedos en la máquina de escribir todavía sin uso desde el principio de una jornada comenzada horas antes.

—Buenos días.

—Buenos días, Maite, dígame a Teodoro que venga. ¡Ah..., se me olvidaba! Avise también al inspector de guardia y que me envíe los partes de incidencias.

—Enseguida, jefe. ¡Mm...!, los partes los tiene en una carpeta azul. Los han traído a las nueve.

—¡Gracias!

—Por cierto, Maite, no deje que se amontonen los escritos..., ya sabe...

—¡No, no...! Estoy en ello.

—No me cabe la menor duda, viendo cómo tiene la mesa.

Tras la indirecta lanzada a la funcionaria, entró en su despacho y cerró la puerta para lograr más intimidad. Entretanto y esperando que llegara su segundo de a bordo, abrió la carpeta de las novedades: No había gran cosa. Soria es tranquila...; demasiado para algunas cosas. En todo caso, se empieza a agradecer este tipo de ciudades que ofrecen, junto con los servicios de capital de provincia, la tranquilidad rural.

—Paco, buenos días.

—Pasa, Teo, y siéntate.

—¿Habéis entrado ya en el contenido del magnetófono?

—Sí. Yo personalmente he trabajado en eso, ayudado por un funcionario de Transmisiones, y justo cuando hemos terminado,

me vienes al pelo para informarte algo extraordinario.

—Sigue..., cuéntame.

—De la grabación se han hecho, en principio, tres copias de seguridad: para el juez, para el fiscal y para nosotros. Queda el original en la grabadora.

—Y ahora otra cosa que te va a sorprender tanto como me ha ocurrido a mí.

—¡Joder, Teodoro, habla...!

—El técnico ha desmontado parte de sus piezas y en el interior, al observar uno de los engranajes, ha visto una inscripción: EJÉRCITO ESPAÑOL.

—¡Qué dices!

—He comunicado al funcionario que, desde ese momento, entrábamos en terrenos de seguridad nacional y que debía tratar todo lo actuado con relación a la grabadora, como secreto. Por tanto, sin perjuicio de que las cintas acaben llegando a sus destinatarios finales, entre otros el juzgado por la cuestión penal, la grabadora por ahora queda bajo nuestra custodia exclusivamente. Y su contenido deberá ser conocido en primer lugar por Inteligencia Militar. A parte de ti, como jefe accidental de la comisaría. Y cuando proceda, se hará entrega de dicha grabación, junto con el aparato, a los militares. Y que ellos decidan.

—¿Habéis oído la cinta?

—Solo yo, Paco. Y están en mi poder la grabadora y las cintas.

—Has actuado bien. Y, por cierto, empieza a ponerme al corriente.

—Sí. Te informaré del contenido a solas, paseando.

Tras oír esto, Paco se dirigió a su secretaria por el interfono:

—Maite, voy a realizar unas gestiones con Teodoro. No tardaremos.

—De acuerdo, jefe.

Ambos salieron de las dependencias policiales y marcharon caminando hacia la zona de bares.

—Paco, el contenido de la grabación nos deja resueltos los dos

crímenes y posiblemente algunos más llevados a cabo anteriormente.

—¡Qué me estás diciendo, Teo! ¡Es fantástico!

—¡Sí! Pero la grabadora del Ejército... induce algo más profundo. Resulta que el jefe de Marcos, don Pablo..., el alemán, desapareció sin dejar rastro. Unos días antes, los funcionarios de patrulla vieron una furgoneta con matrícula extranjera. Tomaron nota y, cuando le contestaron de Tráfico, no correspondía la matrícula con el vehículo.... Que, por cierto, no pudo ser localizada. Y casualidad, pocos días después de la desaparición del alemán, el pobre Marcos aparece apuntillado en el mismo banco que el francés, portando una grabadora del Ejército español y con la confesión completa de todos sus crímenes llevados a cabo por la amiga del famoso don Pablo: Claudia.

—¡No me jodas...! Tengo que oír la cinta inmediatamente. Hay que disponer una vigilancia discreta y permanente sobre esa tal Claudia. Con la cinta es suficiente para detenerla, pero vamos a esperar unas horas hasta saber qué dice el Gabinete sobre las huellas latentes. De ese modo, actuaríamos provisionalmente aplicando la presencia de esa linterna con sus huellas en la zona próxima al cadáver, y al mismo tiempo podríamos contactar con el jefe militar, silenciando de momento al juzgado la existencia de la cinta. Evidentemente, acabará formando parte de la instrucción judicial, pero tienen prioridad los militares.

—Si te parece bien, esta tarde en tu despacho, aprovechando que solo quedan unos pocos funcionarios de guardia, oiremos la cinta y tomaremos aquellos datos de interés para decidir lo que sea mejor. Lo que debe quedar meridianamente claro es que la información de la cinta habrá que cumplimentarla —acabó la conversación su segundo.

—Evidentemente —asintió Paco.

Una vez acordada la reunión, ambos entraron en una cafetería. Necesitaban refrescar, sobre todo su ánimo. Y despejarse.

La comisaría a esas horas estaba desierta. En los diferentes Grupos, únicamente el funcionario de guardia en el turno de tarde. Y cercana a la calle, la oficina de la Inspección de Guardia, con su actividad normal de atender las denuncias y las situaciones de seguridad ciudadana.

La zona del despacho de Paco permanecía vacía de movimientos y ausente por las tardes de la presencia de su secretaria.

—¡Bien, allá vamos!

Mientras terminaba sus palabras, Teo accionó el magnetófono y la cinta comenzó a sacar a la luz las acciones más oscuras que son capaces de generar la mente humana... ¿Maldad o demencia? Todo un mundo desconocido para valorar comportamientos que originan terribles consecuencias.

Los funcionarios oían en un silencio denso, únicamente roto por la voz desgarrada de quien estaba llevando a la superficie lo más abyecto del subterráneo inconsciente.

Paco le hizo un gesto y su segundo paró la cinta.

—Esta mujer está relatando como si fuera otra persona. ¡Está de atar!

—¡Desde luego! Tiene una disociación de personalidad.

Teo pulsó de nuevo y la grabadora reinició su viaje...

«En el club, la oscuridad los invitaba a intimar. Claudia quería saber si el ser francés lo haría comportarse diferente a los españoles. Se le arrimó, para ver su reacción y soñando con su respeto. ¡Quería su respeto! Algo simple. ¡Pero no! Se comportó como los demás. ¡Qué asco...! Ser francés o español no significaba nada. Era simplemente un hombre y, como tal, solo buscaba lo mismo.

En ese momento, sintió que debía de reiniciar el camino de la limpieza. Ella estaba destinada a barrer del mapa a los hombres obscenos. Este le había demostrado que era igual que todos, así que debía hacerlo... ¡¡Debía hacerlo!!

Llevaba en el bolso un frasquito de ricina y otro de concentrado de dieffenbachia. Últimamente le gustaba llevarlos.

Después de animarlo a acompañarla a casa, iban caminando por el parque cercano a la alameda, cuando le pidió sentarse unos minutos en uno de los bancos, convenciéndolo de hacer con ella lo que le viniera en gana aprovechando la total oscuridad y el morbo del aire libre.

Para ayudar a conseguirlo, le dio un beso prolongado y le ofreció tomar un brebaje infalible para conservar la fuerza durante toda la noche..., como un toro.

Entre beso y beso, lo ayudó a tragar el contenido de los dos frascos.

El francés empezó a tambalearse comenzando a respirar con dificultad. El abogo por la inflamación en la garganta lo hizo flaquear en su estabilidad, terminando por intentar agarrarse fuerte del chaquetón, sin conseguirlo, y acabar cayendo a sus pies.

Amoratoado por el abogo que le estaba arrebatando la vida, comenzó a arrastrarse para acercarse buscando su ayuda, pero fue inútil, no consiguió nada más que destrozarse las manos. Gritando y suplicando, el muy...

Ella tuvo que sacar un punzón del bolso y, tal como estaba en el suelo, comenzó a hundirlo en la espalda del francés, en su costado. Donde pudo: una..., otra..., otra vez.

—¡¡Era necesario que callara!! ¡¡Esa respiración...!!

De pronto, el silencio...

Como pudo, lo acercó al banco y dejó su cuerpo apoyado de espaldas. Comprobó que no quedaba nada suyo en el lugar y se marchó rápidamente».

El jefe hizo de nuevo un gesto y Teo paró la grabadora.

Paco estaba pensativo. Necesitaba ir asimilando la historia. Un documento de primer orden nacido de una mente dislocada. El contenido era brutal. Los minutos pasaban y ambos permanecían callados.

—Hay más —dijo al final Teodoro, envuelto en un silencio tan denso como la niebla del parque—. ¿Quieres que sigan hablando las tinieblas?

—Continúa...

Los minúsculos ejes del aparato giraron de nuevo. Fue desgarrando el desarrollo alevoso del asesinato de una religiosa en el convento donde estuvo alojada hasta ir a desempeñar sus labores de doméstica a una casa:

«...Seguidamente, extrajo con el cuentagotas once de su contenido y las echó en la comida, volviendo con sumo cuidado a desandar los pasos llevados a cabo y dejando todo tal y como lo había encontrado. Limpió cuidadosamente la llave utilizada y la volvió a colocar en su sitio. Asunto resuelto».

La cinta, como en un dantesco tiovivo, vomitaba los efectos del descenso al infierno:

«Quería sentir directamente la sensación de acabar con él.

—Te voy a dar, Blas, un beso de muerte.

—Lo estoy deseando..., ven aquí.

Se puso el trago en la boca y acercó sus labios a los de él, pasándole el brebaje letal, que tragó inmediatamente. Acto seguido, se soltó de su abrazo y fue a la fregadera a enjuagarse la boca abundantemente para eliminar los restos del veneno, antes de que pudiera ser absorbido por la mucosa; regresando a la sala momentos después.

Lo ayudó a ponerse el gabán y salieron juntos a la escalera. Un último abrazo y una palmada cariñosa en el trasero fue el broche de Blas en la despedida.

Cerró la puerta y se quedó atenta a los ruidos de fuera. Las pisadas en la escalera producían un suave quejido en la madera de los viejos peldaños. Dejaron de oírse y, desde una rendija en la ventana de la sala, observó, con una sonrisa de triunfo, como su víctima se alejaba con unos pasos cada vez más torpes hasta perderse por la esquina indicada, que, por cierto, no iba hacia la avenida sino a lo más profundo del barrio».

—Es una asesina en serie..., una psicópata —exclamó Paco totalmente desencajado—. Deberíamos acabar de oír todo el relato, pero anímicamente se me apodera.

»Necesitamos un poco de descanso. Teo, acompáñame a la cafetería, comeremos algo. Guardaré las copias y la grabadora en mi caja fuerte y el papel con las notas. Más tarde seguiremos.

—Me parece bien, porque la situación supera a cualquiera.

*

Era noche cerrada cuando volvieron a colocar en la mesa el «portal del Averno», que así es como Teodoro empezó a llamar al magnetófono.

—¿Te acuerdas cómo sigue la cinta, Teo?

—Esta parte se convierte en un circo de los horrores con una escenificación más sádica, si cabe. Parece basada en cierta relación que esa mujer tenía con un joven de su edad. Vamos a escucharla:

«De todas, la mejor acción fue la de Bartolomé. Era su perrito faldero. Y el destino de sus inimaginables sevicias. Se divirtió con él lo nunca imaginado. Ja, ja, ja. En el local, se hartó de ponerle el culo colorado, con lo que llamaba ella «el listón del maestro». Y de hacer que caminara y ladrara como un perro. Entre carcajadas, apretaba el collar en su cuello y lo soltaba cuando estaba amoratado y medio asfixiado.

Tocaba obscenamente en su presencia al amigo de ambos, y llegaban a practicar todo tipo de sexo para hacerlo sufrir más.

Pero estos encuentros llegaron a aburrirla, y vio la necesidad de ser piadosa con él. El último fin de semana fueron solos los dos al sótano. No lo azotó, lo ayudó a liberarse de sus tensiones de género y le pintó una cruz en la espalda. Al fin y al cabo, era su esclavo, su cordero. Así quedaba marcado como de su propiedad. Le hizo tomar el brebaje liberador... Y, unas horas después, se fue a la noche eterna».

Volvieron a parar el aparato. Querían pensar sobre las muertes relatadas. Todas bajo situaciones de gran presión emocional. Es evidente que la mente de dicha mujer hacía tiempo que estaba hecha pedazos. Quizá el joven Bartolomé hubiera podido escucharla y llegar a ayudarla. Pero normalmente el ser humano no suele oír cuando las voces vienen del lado correcto.

—En la grabación —comentó Teo—, he obviado poner la reproducción de la cinta en el primer relato. Es el que comienza con el asesinato de su padre. Un hombre violento y primitivo en sentimientos. El progenitor pretende sustituir en todo a su mujer fallecida por su hija.

»Es posible que, de todas las muertes, la de su padre, por lo menos moralmente, pueda justificarse. Era un ser amoral y depravado.

—Me gustaría escucharla. No deja de ser un acto criminal. El primero según dices. Como policías, debemos hacerlo, y aunque podamos justificar moralmente este hecho, social y jurídicamente no debemos pasarlo por alto. Ponla en marcha.

—Ok, tú eres el jefe.

«—He vuelto... Y siento la pérdida de vuestra madre. Me comunicaron la noticia ayer por la mañana, pero era en horas de cobro y no podía abandonar mi jornal... Al fin y al cabo, nada se podía hacer, y la vida sigue.

—Pero está en nuestro recuerdo, ¿verdad? —dijo mirando inquisitiva y torvamente a los dos pequeños, mientras escrutaba con los ojos vidriosos por el alcohol el resto de la estancia y terminaba el recorrido lanzando una mirada sucia a Claudia.

—Padre, le he preparado un auténtico banquete. Una abundante ensalada y una liebre cocinada como más le gusta: con hierbas aromáticas.

—¡Estupendo! Trae la botella de vino, que irá bien sobre todo con el guiso. Hay que celebrar mi regreso, y que vuestra madre esté ya en el cielo. ¡Pobre! —exclamó suspirando el falsario, sin dejar de mirar a la joven.

—Siéntese a la mesa, enseguida lo traigo, que los platos están servidos.

Dicho esto, fue a por la botella y le llenó un buen vaso. Iniciando el festín con un sorbo.

—No está mal, y tú siéntate aquí cerca. Ahora eres ya al completo la mujer de la casa.

Masticó con ganas un buen trozo de la liebre, bien aderezada y muy gustosa, combinándola con la ensalada.

Satisfecho por el cambio que a todas luces veía en su hogar, con la mano pringada de untar en la salsa, cogió el vaso y dio un buen trago al tinto, áspero y recio, que le entró bien. El sabor del brebaje algo acibarado pasó desapercibido con los deseos que el pervertido imaginaba. Pinchó otro pedazo de carne y, mientras lo mordía, se sirvió otro buen vaso, que ayudó a tragar la boca llena. Comía con ganas y tanto la ensalada como la carne iban desapareciendo a buen ritmo, al mismo tiempo que el vino.

Ella le sonrió y llenó un tercero, el último de la botella, levantándose para acercárselo y provocar su ingesta.

El depredador lo cogió sujetando al mismo tiempo la mano de su hija con su mano izquierda para, mientras la retenía, manosear con la derecha por encima de la falda, delineándole la braga y deslizando la mano por el centro de sus nalgas hasta apretarla bien entre los muslos. Ella, inmóvil, no se apartó para no provocar la cólera del monstruo pensando que Dios dictaría pronto su sentencia. Miró con ternura a sus hermanos que, presintiendo una acción terrorífica del progenitor, permanecían sin moverse, sentados en el banco junto a la lumbre.

Instantes después, el cielo se abrió: el hombre sufrió un fuerte mareo y un gran ardor en el estómago, a la par que notaba cómo, entre enormes dolores, se le desgarraba e hinchaba la garganta. Intentó suavizar semejante indisposición y, para refrescarla, apuró finalmente todo el líquido. A duras penas pudo tragarlo ya. Sentía que se abogaba y miró a su hija entre suplicante y sorprendido. Ella aguantaba la mirada impasible. Intentó agarrarse a su cintura, pero, ahora sí, apartó violentamente su mano. Las venas del cuello parecía que le iban a estallar por la vasodilatación forzada y empezó a dar bocanadas como los peces fuera del agua. En su interior, el cuerpo dilataba

y reventaba sus vísceras entre ruidos sordos. Mientras, su hija observaba con enorme satisfacción los estertores del que debía haber abandonado este mundo hacía ya mucho tiempo.

—¡Pobre madre! Aún vivirías. ¡¡Maldito seas!!

El padre llegó a ponerse en pie e intentó abalanzarse hacia la joven, que evitó su trayectoria. Tambaleante y resollando, vacíos ya de aire sus pulmones, acabó derrumbándose sin vida. Pedro y Damián se quedaron mudos y expectantes, sobre todo temiendo que reaccionara y les hiciera daño. La joven miró al techo, cerró levemente los ojos e inspiró lentamente. Estaban liberados».

—Teo, toda la cinta es una obra del infierno. Es verdad que da pena este relato. Pero no deja de ser una exterminadora de vidas ajenas. Necesita tratamiento psiquiátrico y ser apartada de la sociedad, porque el daño que ha hecho es ya irreparable, y si no lo impedimos, aún puede ser mayor.

—La grabación está prácticamente oída, falta la parte relativa a Marcos. Vamos a escucharla, Paco.

El giro pausado de la cinta comenzó a desgranar los últimos momentos de la vida de un hombre:

«—Me ha debido sentar mal el licor, porque sigo medio traspuesta y tengo un dolor de cabeza horrible. ¿He dormido mucho?

—Un rato, pero no te preocupes. Por suerte estoy aquí. Si quieres, te acompaño al hospital. Allí te atenderán bien y te darán algo para que acabes descansando esta noche.

—De acuerdo, acompáñame al servicio de urgencias... Este malestar no solo no se va, sino que crece por momentos. Voy a prepararme y enseguida estoy contigo».

A partir de aquí, no hay frases ni conversación alguna. Primero, se oye el abrir y cerrar rápido de cajones. Instantes después, el sonido de una puerta al cerrarse y ruido que parece de pasos y hojarasca... Alguna voz ininteligible por el viento, que, en algún

momento, solapa la grabación, y un pequeño golpe metálico de chocar algo contra el suelo, como unas llaves, o algo similar. Más ruido..., respiración agitada. No hay más.

El aparato, terminada la cinta, se paró.

—Verdaderamente, Teodoro, es espeluznante. Vamos a comprobar el revelado de las huellas en la linterna y concretamos.

En el Gabinete de Identificación el informe lofoscópico estaba redactado.

Decía lo siguiente:

Existencia de algunos fragmentos de lofogramas sin posibilidad de cotejo y dos correspondientes a buena parte del dedo pulgar y del dedo medio, de la mano derecha. La existencia de nueve y once puntos característicos en cada una de las respectivas impresiones dactilares latentes, cotejadas con las impresiones dactilares indubitadas obrantes en los archivos del Documento Nacional de Identidad, lleva a la conclusión de que la identidad del sujeto corresponde a Claudia Gómez.

Con el informe pericial, Paco decidió actuar y dio las órdenes precisas a su segundo:

—No hace falta esperar a mañana. Que vaya un coche K a la papelería, con dos agentes de paisano acompañados de una administrativa del Cuerpo, habilitada para el cacheo. Y como protección auxiliar, un coche patrulla. No quiero ni señales luminosas ni acústicas. Que esto no es Madrid. ¡Ah! —continuó—, avisa al hospital para que se desplace a la papelería una ambulancia, con personal sanitario, por si hay que sedarla.

Claudia, cercana la hora de cierre, estaba acabando de cuadrar la caja, cuando en un extremo de la plaza se situó la dotación uniformada. Los agentes de paisano aparcaron su coche muy cerca y esperaron la llegada de la ambulancia. Inmediatamente después, los funcionarios entraron en la papelería.

—¿Claudia Gómez? —preguntó uno de ellos, mientras ambos mostraban su placa emblema.

—Sí... ¿Qué ocurre?

—¡Queda detenida por asesinato! ¡Acompáñenos!

Sin dar muestras de sorpresa ante semejante anuncio, se limitó a contestar lacónicamente:

—Tengo que cerrar la tienda.

—Deje todo como está. La Policía custodiará el local y avisaremos al propietario para que se haga cargo.

Claudia comenzó a respirar agitada, negándose a salir de allí antes de acabar de hacer el recuento de caja.

Nerviosa y con gesto ausente, comenzó a caminar de un lado a otro sin hacer caso a los agentes, que la conminaban a tranquilizarse, haciendo caso omiso a colaborar con ellos para ser engrilletada y cacheada por la funcionaria antes de su traslado al coche.

Lejos de atender los numerosos requerimientos oficiales, fue aumentando su agresividad gritando frases incoherentes sobre la justicia divina contra los hombres, al mismo tiempo que, en un momento dado y sorpresivamente, intentó huir. Los agentes, al ver la acción de la mujer, se interpusieron impidiéndole la salida y, tras lograr inmovilizarla, los sanitarios, que se encontraban en el exterior atentos a cualquier imprevisto, entraron rápidamente y le inyectaron un tranquilizante. Inmediatamente e incapaz de poder reaccionar contra nadie, fue introducida en la ambulancia y trasladada directamente al hospital custodiada por los policías.

La pesadilla había terminado.

Paco, al ser informado de la detención y de su ingreso bajo custodia en el hospital, respiró tranquilo por dos razones: la resolución tan inmediata de los asesinatos y el conseguir apartar de la calle un verdadero peligro.

Hizo personalmente una nota informativa, que envió al Gabinete de Enlace de la Policía, en Madrid, y seguidamente deseó salir de su oficina a descansar. El deber cumplido le daba una satisfacción

inmensa y en este caso no tenía medida. El jefe del 091 le ofreció llevarlo a casa, pero Paco declinó amablemente el ofrecimiento. Necesitaba la calle, caminar y sentirse envuelto con el aire del Duero.

No era un gran fumador, pero antes de regresar con Eva, su mujer, quería abrir su pensamiento e intentar comprender todo lo que había vivido horas antes en la comisaría. Se encendió un cigarrillo y dirigió los pasos hacia la arboleda; ese rincón al lado del río que tantos momentos de paz le había aportado. Ahora era distinto, la energía del lugar, ese círculo en torno al banco, le generaba malas vibraciones. Debía meditar en el sitio donde, en un corto espacio de tiempo, habían sido asesinadas dos personas.

Próximo a llegar, el aire dejó de ser tal para convertirse en un viento molesto. El cambio sucedió de manera brusca y precisamente cerca del banco. Las ramas se movían con fuerza y dejaban oír sus chasquidos como verdaderos lamentos de oración por las barbaridades que pueden llegar a cometerse. Una cierta penumbra se estaba apoderando del rincón de los álamos. Paco se sentó en el banco. Necesitaba la soledad, el envoltorio del viento..., del chasquido..., del crepitar de las hojas, que, como un sudario, pretendían acoger en su seno las energías de los dos cuerpos, alteradas fuera de su espacio tiempo por el ataque sin sentido de una demente. Necesitaba acompañarse del humo del cigarrillo, y se encendió otro. Las fuertes caladas esparcían a su alrededor el incienso de la presencia humana. Cerró ligeramente los ojos y la imagen de su amigo inundó de luz su cerebro en ese momento confundido. Vinieron las charlas en la papelería..., los carteles de la imprenta. Las conversaciones en las noches más cortas sobre seres humanos perdidos en lugares remotos. Personas sinceras en una relación sincera. Era importante sentir su presencia en el lugar, acercarse a comprender lo incomprensible. Un pensamiento nítido: el del amigo. Y dos siluetas borrosas: las de los sucesos acaecidos.

La narración de la mujer marcaba como martillazos en un yunque sus diferentes acciones homicidas. Reverberaban alrededor como los ecos de un cañonazo... El francés, un hombre joven que

simplemente en unas horas de tiempo libre pretendió un poco de diversión sana, de conversación entre un hombre y una mujer que se caen bien y deciden pasar un rato juntos. Sin pensar que era el señuelo de una trampa sin retorno. Lugares de entrada a una noche negra..., más negra que las más negras de las noches... Sin fin.

Y Marcos, el amigo Marcos..., tan ingenuo como acompañar a una sociópata demente con la misma confianza que el rebaño camina junto al pastor.

La noche iba acercándose también al banco, y Paco decidió retomar el camino a casa. Se subió las solapas para abrigarse mejor el cuello y se abrochó los tres botones de la chaqueta. Comenzaba a notarse el relente y la proximidad del río aumentó la tiritona. Aceleró el paso, pero no disminuyó la sensación helada, que comenzó a instalarse en su cuerpo. Faltaba poco para llegar a su casa y estaba empezando a agobiarse. El descuido del banco, con el viento y la humedad, estaba pasándole factura. A duras penas podía sacar el manojito de llaves del bolsillo y como pudo pulsó el botón del portero automático.

La sensación cálida del patio empezó a reconfortarlo, y el ascensor acabó con lo que comenzaba a ser una pesadilla.

Paco se acercó a su mujer y la abrazó. Necesitaba liberarse de todas esas sensaciones. El calor de su cercanía y el beso de bienvenida fueron el bálsamo definitivo.

—Cariño, vienes desencajado. ¿Qué te ha pasado?

—He estado en el parque, concretamente en la zona del famoso banco..., cerca del río. Y he cogido frío. Se ha levantado viento y venía cargado de humedad. Tenía una sensación rara que me impulsaba ir allí. Pensar en el mismo lugar de las muertes, sobre las acciones humanas..., sobre el pobre Marcos. Sobre las dos víctimas en definitiva y lo que significa la maldad humana.

—Paco, eso que expresas es noble, pero no tienes edad para quedarte a la puesta de sol en un lugar tan húmedo. ¡Anda, ve a darte una buena ducha de agua caliente! Te ayudará a reanimarte de nuevo.

—Tienes razón, Eva, pero el recuerdo del amigo me ha llevado a hacerlo. He pasado frío, es cierto, pero me siento reconfortado por haberlo hecho.

Se dirigió al baño y el calor del agua tonificó de nuevo su piel y su espíritu.

Minutos después, vestido con el albornoz, se acercó a su mujer, que estaba preparando una bandeja con picoteo para la cena, y la abrazó por detrás. Ella se giró sonriente y un beso intenso reavivó el deseo y las ganas de sentir mutuamente la pasión.

*

La noticia del asesinato de Marcos cayó como un mazazo en el despacho del general. Hasta ese momento, los diferentes objetivos se habían ejecutado con total éxito. Y su actividad como agente estaba a punto de finalizar. La organización criminal nazi estaba completamente desmantelada: las acciones llevadas a cabo en el norte de Europa y la eliminación del cabecilla conocido como don Pablo, aquí en España, fueron el golpe definitivo. Otros operativos en Latinoamérica, con la neutralización de antiguos jefes, habían contribuido, además, a cerrar posibles vías de reorganización. En resumen, a nivel europeo estaban satisfechos del desarrollo del plan y nada hacía presagiar semejante desenlace.

—¿Da su permiso, mi general?

—¡Adelante!

El ayudante se cuadró marcialmente y, acto seguido, dejó la carpeta sobre el escritorio.

—¿Se trata del dossier completo de nuestro agente Marcos?

—¡Afirmativo, mi general!

—¡Gracias, puede retirarse!

El militar volvió a cuadrarse brevemente y, tras un ligero choque con los talones, se giró y salió del despacho.

El jefe de los Servicios de Información continuó de pie, y dirigió la vista al espléndido horizonte que se divisaba desde la ventana. Su carrera militar iba tocando a su fin y muchas cosas habían desfilado a lo largo de su ejercicio, pero esta misión, quizá por ser la última importante o por el contacto personal tan directo con Marcos..., o quizá porque los años lo hacen a uno más sensible, le había dado de lleno en el corazón. La primera entrevista en Torrero..., alguna otra más en otros pisos francos..., la imposición de Marcos para ayudar a sus amigos, sin que ellos llegaran a saberlo. El carácter abierto y leal..., sobre todo la lealtad. ¡Sí!, creo que ese era el valor que estaba tocando el corazón del general: la lealtad.

Abrió el expediente y, en la primera hoja, estaba una foto del fallecido, junto a sus datos reales.

Al verlo, miró fijamente la imagen, se levantó y, poniéndose la prenda de cabeza, efectuó el saludo militar e hizo una leve inclinación de cabeza mientras en voz baja decía:

—El general de división rinde honores a un leal soldado.

Después, volvió a ocupar su mesa de trabajo y fue informándose con atención de todo lo que había ocurrido.

Junto a los documentos, estaba la grabadora con los pormenores de los diferentes asesinatos y el horror final de la muerte de su querido agente.

De momento, el contenido de la cinta lo dejó para escucharlo más adelante, ya que no era relevante militarmente para él, aunque sí en el plano emocional.

Se puso en contacto personalmente con los familiares, quienes dispusieron que fuera trasladado para su entierro a Zaragoza.

Asimismo, ordenó a su ayudante que, tan pronto terminaran las exequias, determinadas personas, las más próximas en su vida, se reunieran con él en su despacho para ser informadas convenientemente de aspectos que pudieran ser de su interés, y quedaron citadas en diferentes días para guardar la confidencialidad.